

llamamos reina de los ángeles, reina de los patriarcas y así de los demás. En el capítulo XII diré dos palabras acerca de aquellos que se asocian para rezar todos los días las letanías á fin de pedir á Dios les conceda una buena muerte.

§. X.—El décimo rasgo de devoción es encomendarse eficazmente á nuestra señora por la mañana y por la noche.

I. Un hijo de buena indole y bien criado creería faltar á su deber si no diese los buenos días y las buenas noches á sus padres: pues bien, sería una falta de urbanidad y no leve que los hijos de la madre de amor no la saludasen por la mañana y por la noche. S. Estanislao de Kostka, novicio de la compañía de Jesus, no hubiera dejado por nada en el mundo de volverse todas las mañanas y todas las noches hácia la iglesia de nuestra señora la mayor para saludar á su buena madre, pedirle la bendición de rodillas y ofrecerle sus servicios: esta devoción pareció tan digna de ser imitada á los otros novicios, que todos quisieron practicarla. Yo me persuado á que ninguno que lleve el título de siervo ó hijo de la Virgen, dejará de hacer otro tanto: por eso me he resuelto á poner aquí una breve oracion para encomendarse á nuestra señora por la mañana y por la noche, de que podrán usar los que no tengan otra mejor.

II. Por la mañana despues de rezar cada uno el ejercicio diario del cristiano continuará con la oracion *O domina mea* y la deprecacion siguiente:

III. Santísima é inmaculada madre de Dios, mi venerada señora, dulcísima madre mia y mi única esperanza despues de Dios, yo te reverencio y te bendigo por todas tus grandezas y todas las gracias que recibiste de la augusta Trinidad: me congratulo contigo de todo corazon y adoro por cada una de ellas á la misma beatísima Trini-

dad. Te doy gracias por todos tus beneficios asi generales como particulares y señaladamente por tal ó cual que conozco haber recibido de tu mano. Me dedico y consagro enteramente á tu servicio en compañía de todos tus fieles siervos y te ofrezco en union de sus mas gratos servicios mi cuerpo y mi alma con todas sus facultades y potencias, sin que haya en mi cosa alguna de que no te rinda particular homenaje. En especial te ofrezco este día y determinadamente tal ó cual obra ó designio, suplicándote por tu bondad te dignes de aceptarlos y bendecirlos, para que tengan feliz término en honra y gloria tuya y para que en todo cumpla yo puntualmente la santa voluntad de tu amado hijo. Asi sea.

IV. Se podrá añadir el responsorio *Sub tuum praesidium*, el versículo *Ora pro nobis, sancta Dei genitrix*, y esta oracion: *Protege nos, Domine, famulos tuos subsidiis pacis, et beatæ Mariæ semper virginis patrocinio confidentes à cunctis hostibus nos redde securos. Per Dominum nostrum Jesum Christum etc.*

V. Por la noche se podrá repetir el mismo ejercicio á excepcion de que en lugar de la oracion *O domina mea* puede decirse la que empieza *O Maria Dei genitrix*, y en lugar de los hacimientos de gracias y peticiones correspondientes al día las que son peculiares de la noche. Finalmente en lugar del responsorio *Sub tuum praesidium* puede decirse *Maria mater gratiæ etc.* con el mismo versículo y oracion.

CAPITULO X.

DE LA MORTIFICACION; NOVENO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

La casta esposa de los Cantares, no contenta con subir al collado del incienso, es decir, de la oracion y

devocion, prueba á trepar al monte de la mirra, que es la mortificacion (1). El real profeta no se satisface (2) con que cantemos las alabanzas del Señor con todo género de instrumentos de cuerda y de aire, que segun S. Gregorio son las señales de la alegría interior de un corazon complacido en la oracion, sino que quiere ademas le alabemos con cimbalos sonoros, que son el simbolo de la mortificacion. Acompañemos pues con ella la devocion de que se ha hablado en el capítulo anterior, para honrar á la madre de Dios de todos los modos que juzguemos hayan de agradarle.

§. I.—Que la mortificación es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios (3).

I. Seria poco razonable creer que la virgen Maria, cuyas entrañas son todo amor y compasion, se complacia en vernos padecer, si no hubiera algun secreto en la mortificacion.

II. Pero en primer lugar ella es la que hace que sea cabal nuestro sacrificio: porque enseña el angélico doctor (4) que para que este sea perfecto, no basta que presentemos á Dios los bienes espirituales por medio de la oracion y de la devocion ó los bienes exteriores llamados de fortuna por medio de la limosna, sino ademas hay que darle los corporales y honrarle con la otra mitad de nuestro todo, que es el oficio propio de la mortificacion. De este modo cumplimos toda la justicia y ofrecemos á la divina majestad un sacrificio suave y un holocausto de que no queda parte alguna, por pequeña que sea, que no se

(1) Cantic., IV. que va en la nota G al fin del tomo.
 (2) Salmo CL.
 (3) Véase la adición de la madre Maria Jacoba de Blemur, art. 5 ad 2.
 (4) Secunda secundæ, q. 85, art. 5 ad 2.

consume enteramente por el fuego de la caridad y se evapore en dulcísimo olor.

III. En segundo lugar nuestra bondadosa madre tiene muy cabal conocimiento de los excelentes frutos que cogemos de los ejercicios de la mortificacion. Los santos padres los enumeran; mas yo no puedo detenerme en esto: solo tocaré de paso que al decir de ellos (1) la mortificacion seca la sentina de los vicios, refrena la insolencia y rebeldía de la carne y la reduce á su deber: que introduce la paz en la casa manteniendo la autoridad de la razon y abatiendo la arrogancia de la parte rebelde de nuestra alma (2): que libra al espiritu de todas sus turbaciones y perplejidades (3) y le facilita el elevarse por la contemplacion de las cosas eternas: que satisface por los pecados pasados (4) y merece un aumento de gracia para lo futuro: que hermosea y enriquece la corona de gloria que ha de ponerse en nuestras cabezas (5): que aplaca á Dios irritado (6) y le hace propicio á nuestras súplicas: que contiene el furor de los enemigos de nuestra salvacion (7) y les quita la facultad de hacernos mal: en fin que glorifica á Dios (8) y le paga el tributo de nuestra vida mortal. ¿Quién seria tan enemigo de sí mismo, que quisiera consentir que la madre y tutora de su alma por una indigna compasion viniese á privarle de tantos y tan provechosos bienes? As no hay que esperarlo, porque ella lleva mas adelante los ojos de su consideracion y atiende mas á lo que ha de regocijarnos por una eternidad, que á lo que nos contrista por un poco de tiempo.

IV. Y aun cuando no hubiera nada de esto, ¿no

(1) S. Ciprian. (5) S. Agust.
 (2) S. Basil. (6) S. Geron.
 (3) S. Juan Crisost. (7) S. Atanas.
 (4) S. Bernard. (8) S. Gregor.

bastaría saber que ella fué el verdadero modelo de la mortificación, para que diésemos de mano á todos los gustos y satisfacciones de la vida regalada y abrazásemos las austeridades y penitencias que nos asemejan á ella? S. Buenaventura atesta (1) que nuestra señora misma manifestó un día á santa Isabel, reina de Hungría, que no había recibido ninguna gracia del cielo sino mediante una oración fervorosisima, continuas lágrimas y una vida trabajosa. La esposa de los Cantares dice (2) que no se extrañe que esté morena, porque el sol de las adversidades y trabajos le ha cubierto el color; y siente que la llamen hermosa estando toda llena de amargura. Su esposo conviene en que ella huele al aloe y la mirra, y ella misma se jacta de eso diciendo que es el olor mas suave y grato que puede salir de sus vestidos. Aunque ha recibido de arriba tan duro tratamiento como una de las mayores finezas del cielo, no se crea por eso que ella no ha contribuido en gran manera con su elección. Me refiero á lo que se lee en el capítulo I de los Cantares. Su esposo le habla de joyas y de brazaletes de oro esmaltado, y ella desecha estas palabras diciendo que su amado le hará un ramillete de mirra, que llevará sobre su pecho y tendrá hasta la muerte. Con efecto si bien se considera, se hallará que su vida fué una tela de mortificación tejida de continuos trabajos, penas y fatigas. ¿Y será posible haya un verdadero siervo de la Virgen que quiera descansar mientras ella trabaja continuamente, y vivir sin mortificarse cuando ella sufre un martirio perpetuo de cuerpo y alma? Tan lejos de que pueda ser esto me persuado mas bien á que dirán todos con el prudente y esforzado Urías (3): «El arca de

(1) Medit. vitæ Christi, c. 3. (3) II Reg., XI.
 (2) Cantic., I.

Dios, la morada de la santísima Trinidad, la amada del cielo habita en pabellones y los mas valerosos del ejército que la guardan día y noche, se quedan sobre la haz de la tierra; ¿y yo he de estarme refocilando y regalando con toda clase de comodidades y conveniencias? Por mi vida que nunca abrigaré este pensamiento, ni mi conciencia sufrirá el remordimiento de tan vergonzosa cobardía.»

V. Ve ahí la firme resolución de una alma fiel y de un corazón digno de la madre de Dios, á la que añadiré solamente unas palabras de oro de santa Magdalena de Pazzis. Contemplando esta santa virgen el altísimo misterio de la Asunción de nuestra señora á los cielos fué arrebatada en un éxtasis que duró desde visperas hasta las siete de la tarde: en ese tiempo fué iluminada con luces extraordinarias y perfectísimas nociones de las grandezas de la Virgen y del servicio que le es debido. Cuando volvió en sí, guardó al pronto un largo silencio y luego de repente comenzó á decir con rostro resplandeciente como el de un ángel: «Las dotes necesarias al que quiere subir y llegar á María, son ligereza en el cuerpo, gozo en el corazón, ansia en el entendimiento, recuerdo de los beneficios en la memoria, pureza en la intención, simplicidad en las obras, verdad en las palabras, mortificación en los sentidos.»

§. II.—Diversos rasgos de mortificación.

El ayuno.

I. Lo primero es honrar á la Virgen con la abstinencia y el ayuno, porque habiéndose ejercitado en él nuestra señora toda su vida pide la razón que sus queridos hijos hagan lo mismo por su amor. El emperador Federico III ayunaba á pan y agua todas las vigiliass de la

Asuncion. Lo mismo hacian S. Cárlos Borromeo y Gualtero de Bibrach, de quien se habló en el capítulo IV, todas las vigiliass de festividad de la Virgen. Jesucristo nuestro señor ordenó exactamente la misma práctica en la regla que dictó por su propia boca á santa Brígida, y la santa se lo mandó de parte de Dios á un eclesiástico que le pedia un método de vida al cual pudiera ajustar todos sus actos. S. Nicolás de Tolentino, de la órden de S. Agustin, y S. Diego de Alcalá, franciscano observante, añadian además todos los sábados del año, y S. Francisco guardaba una cuaresma entera en reverencia de la Virgen desde la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo hasta la de la Asuncion. Esa era tambien una de las seis cuaresmas que S. Pedro Celestino acostumbraba guardar todos los años. El cardenal Francisco Toledo, de la compañía de Jesus, observaba la misma práctica á mas de ayunar á pan y agua los sábados del año. Santa Isabel, reina de Portugal, estaba á pan y agua desde san Juan y además los sábados y visperas de festividades de la Virgen. Otros muchos, cuyo nombre está escrito en el cielo, siguieron las huellas de esos insignes siervos de Dios y de la Virgen, y es casi infinito el número de los que hoy los imitan de diversas maneras. Solo figurándose que la madre de Dios no agradece lo que se hace por ella podrá creerse que echa en olvido todos estos servicios. Mas júzguese por lo que voy á referir, de lo que será para sus buenos siervos.

II. En las cercanías de Trento hubo un famoso malhechor, cuyos delitos le habian reducido al extremo de desesperar de su salvacion; pero Dios que queria salvarle, le infundió insensiblemente en el alma una centellita de confianza. Como no podia esperarse que abandonara del todo su mala vida, el Señor le pidió solo que en honor de la Virgen ayunase un dia á la semana y que en ese mismo dia se abstuviese de hacer mal á nadie.

El malhechor lo prometió de grado y lo cumplió fielmente, porque no solo impedia cuanto estaba de su parte que los otros ladrones de la cuadrilla cometiesen ningun robo el sábado, sino que siendo perseguido en tal dia por la justicia prefirió dejarse prender y ser conducido á Trento mejor que exponerse al peligro de derramar sangre humana. En cuanto llegó, se le juzgó y fué condenado á pena capital. Mientras se hacian los preparativos para ejecutar la sentencia, la madre de misericordia trabajaba en el corazon del reo y le disponia á morir santamente, como en efecto lo hizo acusándose en público de todos sus delitos, pidiendo perdon con lágrimas y protestando que no habia hecho nada bueno en su vida. A la noche siguiente aconteció una cosa mucho mas singular, que asombró sobre manera á los que guardaban las murallas de la ciudad. Al rededor de la sepultura del malhechor se vieron en medio de un gran resplandor cinco señoras de extraordinaria hermosura: cuatro de ellas que sacaron el cadáver de la tierra, tenian en una mano un cirio encendido y con la otra llevaban el ataud, siguiéndolas la otra señora, que excedia á todas las demas en grandeza y majestad. Luego que llegaron á las puertas de la ciudad, dirigiéndose esta á las guardias les habló así: «Decid á vuestro obispo que mande enterrar á este mi siervo en tal iglesia.» Y nombró aquella en que queria fuese enterrado. Por la mañana muy temprano se difundió por todas partes la noticia, y el obispo con el clero y mucha gente del pueblo fué allá en procesion: abierto el ataud no solo se halló la cabeza perfectamente unida al tronco (es de advertir que el reo habia sido decapitado), sino el cuerpo puesto sobre un rico paño de grana bordado, que no parecia labrado por mano de hombre. Aumentóse la admiracion con tantos prodigios juntos, y nadie se hartaba de contemplar el cuerpo y el ataud y de dar gracias á

nuestra señora, hácia la cual creció la devoción en tales términos, que pocos dejaron de ayunar los sábados de allí adelante por hacérsela propicia.

Las vigiliás.

III. El segundo rasgo es privarse de una parte del sueño para vacar á la oración y á la contemplación de las cosas celestiales. En otro lugar (1) hice ver cómo ya se practicaba esto en Constantinopla, y el gran concurso del pueblo cristiano que había todos los miércoles al templo de la Virgen sito en la plaza de los Fundidores y los martes al de nuestra señora de la Guía, á donde solía concurrir de las primeras la emperatriz Pulqueria para celebrar las vigiliás y orar con los demás fieles. Las crónicas de los cartujos atestan que en tiempo de Guido, general de toda la orden, hubo un monje converso muy sencillo en sus costumbres, pero lleno de celestial sabiduría y sumamente devoto de la Virgen nuestra señora, cuyas grandezas meditaba muchas veces mientras descansaban los otros. No pudiendo sufrirlo el enemigo maligno le inquietó en diferentes ocasiones y una noche entre otras envió á la celda del monje una legión de demonios transformados en jabalies, que aparentaban querer devorarle; pero sin atreverse á llegar á él. Entonces apareció un terrible gigante, que motejándoles su cobardía amenazó despedazar al monje con un garfio de hierro que tenía en la mano. El pobre monje atribulado recurrió á Dios y á su santísima madre, la cual acudió al punto en su ayuda y ahuyentando á los demonios le recibió de nuevo bajo su protección, le aseguró que le eran agradables sus servicios, y le dejó en prenda de su

(1) Trat. 3., cap. 7.

cariño tres advertencias dignas de tal maestra: la primera que escogiese los manjares mas ordinarios; la segunda que vistiese pobremente; y la tercera que se aficionase al trabajo de manos como muy propio de su vocación. Habiendo el monje practicado muy cuidadosamente todo esto el resto de su vida murió en gran opinión de santidad.

La maceración del cuerpo por medio de cilicios etc.

IV. El tercero es macerar su cuerpo con cilicios, disciplinas y otros ejercicios de penitencia, estimados por los santos como medios eminentes para aprovechar en la virtud, porque se persuadian á que se ofrecían al Señor como víctimas de amor.

La mortificación de las pasiones.

V. Pero sobre todo la Virgen aprueba la mortificación interior de las pasiones y de los impetus desordenados de nuestra alma como la verdadera palestra de donde saca mas honor y gloria. Cuenta Vicente, obispo de Beauvais, que yendo cierto caballero á un torneo que debía de celebrarse en Normandía, se hospedó en casa de un pobre, á quien la miseria había cegado hasta el extremo de entregar á dicho señor una hija suya que había hecho voto de virginidad. La infeliz doncella puesta en tan duro trance no perdonó medio para ablandar al caballero; mas viendo que nada adelantaba le conjuró por el nombre de María (era el de ella) y por el día del sábado dedicado particularmente á nuestra señora que le salvase el honor y la dejase cumplir su voto. El caballero no solo accedió á tan justa petición, sino que al otro día la condujo á un monasterio aprontando la dote necesaria para que la doncella tomase el velo. No

fué ingrata la Virgen, porque habiendo perecido en el torneo el caballero, reveló nuestra señora á una fiel sierva suya que habia muerto en buen estado y que ella le habia impetrado el perdon de sus pecados en consideracion de aquella accion tan loable.

VI. A fin de facilitar la mortificacion de las pasiones daré cierta práctica suave y eficaz á un mismo tiempo. Consiste en coger todos los dias una flor de una victoria de sí mismo en las ocasiones que ocurren en el dia: con esas flores se forma un ramillete para presentarle á la Virgen á la hora de la muerte y granjearse por este presente su gracia y la de su hijo en aquel terrible trance. Para obligarse á este ejercicio se hace un cuaderno de papel y se escribe por título: *Ramillete de flores que he cogido todos los dias de mi vida para regalársele á la Virgen á la hora de mi muerte. La primera la cogí el dia tal de tal mes y año, que era el vigésimo, trigésimo etc. de mi vida.* Cada dia antes de acostarse se señala con una cruz la flor que se ha cogido en el dia, ó dos, ó tres, si se ha vencido uno otras tantas veces en la ocasion. Si se han dejado pasar todas las ocasiones de vencerse, se pone un cero para denotarlo.

VII. Es admirable (como han experimentado los que practican esta devocion) qué disgusto se recibe de poner los ceros y cómo ese disgusto estimula á vencer las ocasiones para coger las flores.

CAPITULO XI.

DE LA IMITACION; DÉCIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

No se tenga en menos estima la imitacion, porque viene detras de otras varias especies de reconocimiento. De propósito le he guardado este lugar, porque no tanto

es una virtud particular y diferente de las otras, quanto un conjunto de todas las virtudes, á las que añade solamente un motivo general de practicar actos para parecerse á la persona á quien honra. Por lo demás quando se considere atentamente, se hallará que la reina del cielo la ha apreciado y aceptado cual ninguna.

§ 1.—Que la imitacion es una de las maneras mas gratas de reconocimiento que se presentan á la madre de Dios.

I. El preguntar por qué debemos imitar á la Virgen es lo mismo que preguntar por qué debemos amarla, supuesto que el amor es padre de la imitacion. Dice Aristóteles que el amor no puede existir sin la semejanza, de suerte que si no se funda en ella y no la encuentra formada, es menester que la produzca. Se priva de todos los gustos, desprecia todos los bienes y ventajas por asemejarse al objeto amado, y todo lo da, todo lo hace, todo lo acomete porque el objeto amado se asemeje á él. Pero especialmente el amor maternal vive y se alimenta de la semejanza. El amor de las madres se fija con preferencia en los hijos que mas se les parecen. Este es el motivo del prudente consejo que nos da san Buenaventura. «Si quereis, dice (1), adelantar mucho en poco tiempo con vuestra madre, ser obsequiados de ella y no sufrir jamás repulsa en ninguna cosa de las que le pidais; procurad imitarla en cuanto os sea posible.» «Grandemente os equivocariais, dice S. Agustin (2), si juzgárais que haceis mucho con recurrir á ella sin tratar de asemejaros á ella: hasta que hayais imitado su humildad y sus otras virtudes, persuadios á que no habeis hecho nada, porque la verdadera piedra de toque del

(1) Stimul. divin. amoris, c. 7. (2) Serm. 35 de sanctis.